

«Pedro Moreno el insurgente», nos da el ejemplo de la historia objetiva, vital, aireada, que se quema al sol y sangra, y que tanta falta nos hace a los chilenos. Para nuestro país y para otros, esta es labor de escritor. Ese aliento fuerte y humano no entra en la erudición. La historia, como se escribe en Chile, está sepultando nuestro pasado, turbulento, pasional y heroico. Cumple a los escritores el apartar la losa y darnos la biografía estructurada en el tiempo y el espacio, el carácter único y el hecho legítimo, y con ello habrán forjado obra más duradera que el bronce.—LAUTARO YANKAS.



DOMINGO MELFI Y «PACÍFICO-ATLÁNTICO»

Es difícil decir dónde acaba en este escritor el estudioso y dónde comienza el artífice. Ambos forman una ensambladura admirable, cediéndose mutuamente predominios, sin que pueda discernirse con facilidad si el lírico supera al pensador o a la inversa. Tal es, al menos, la deducción que fluye al leer su reciente y armoniosa obra «Pacífico-Atlántico», solo libro suyo que conocemos.

Lejos del subtítulo presuntuoso—tenía sobrados motivos para justificarlo—define el autor su libro como sencillas notas de viaje, con esa simplicidad innata de la inteligencia equilibrada, siempre recelosa de cuanto produce y que por ello mismo se supera todos los días.

«Pacífico-Atlántico» son, realmente, notas de viaje. Digamos, mejor, impresiones de viaje. Un ejemplo que viene haciéndose clásico en literatura, aclara el juicio: cuando Beethoven vió su Sinfonía Pastoral expuesta a la voracidad de críticos sañudos, que se disputaban el derecho de acertar asegurando que tal pasaje traducía el ruido del río, éste la fuerza del viento o aquél las voces de la tempestad, se limitó a seña-

lar su cuaderno de apuntes, donde tenía anotado que la Sexta Sinfonía expresa no los sonidos o movimientos de las fuerzas naturales, sino las sensaciones que aquéllas despiertan en el hombre.

Puede aplicarse esto al sugerente libro de Domingo Melfi. Medular análisis de la pampa y de la costa ríoplatense, del litoral y la sierra chilenos, nadie dirá que en sus páginas están Buenos Aires, Montevideo o Santiago como los conoce el vulgo. Están las metrópolis sureñas, ciertamente, pero con una diferente presencia, cuyo valor se afirma en la sugerencia antes que en la fácil objetivación.

Es interesante comprobar que estas reflexiones del escritor chileno, en torno a diversas fases del paisaje físico que dividía el dorso de Los Andes hercúleos, son más profundas, convincentes y verídicas que muchos libros de frondosa extensión sobre la materia. Hemos dicho nuestra América. Pues bien, nuestra América, está agudamente captada en las flexibles y aireadas páginas de este autor.

¿Será necesario subrayar que es la grávida presión del sentido, la que domina en «Pacífico-Atlántico»?

Como sucede en el caso Luis Alberto Sánchez, en Melfi se acusa igualmente la cercanía de un nuevo lenguaje: el lenguaje de la conciencia, que no satisfecha con ver, medita y fija en formas concretas su volición creadora.

Pocas veces se han dicho cosas tan originales, frescas e incisivas sobre la realidad pampeana. El conflicto entre provincia y ciudad que concluye fatalmente con la absorción de aquélla por ésta—se insinúa con cálidos trozos. En la interpretación del gaucho, aunque el tema está algo manido, o en el retrato del calichero que habita el norte chileno, el autor crea vigorosos tipos sociales demostrando ágil aprehensión de la psicología regional.

El libro está colmado de rápidas y hondas intuiciones. Es una limpia captación de posibilidades. Tan pronto florece en

sagaces pensamientos sobre la influencia del espíritu de la tierra en el poblador, como se engalana con finas estilizaciones—por ejemplo al hablar del corvo—donde manifiesta sutilmente las ocultas sugerencias que emanan de los elementos familiares.

Al final, después de trazar breves pero ricas ideas en torno al doble universo del Río de la Plata y del Pacífico Sur, abiertos nuevos surcos para la comprensión continental, el hijo de la tierra montañosa, que tuvo la perspicacia de encontrar y penetrar las espléndidas valoraciones de la pampa, vuelve al regazo acogedor del solar serrano, sin haber sucumbido a la poderosa fascinación de las metrópolis atlánticas, porque corazón e inteligencia lo tuvieron—lo tendrán siempre—firmemente enraizado a la sierra. Este es un problema sentimental, cuya metafísica sólo puede entender o sospechar el montañés, alma cerrada en sí misma como el monte, hecha de posibilidades y de fiera tenacidad.

Aparte de esa americanidad esencial, que satura el libro de vida abundosa y sana, «Pacífico-Atlántico» es una obra de arte por la atracción de su estilo.

Al llevar los dramas de la naturaleza, del hombre y de su morada al drama del pensamiento, Melfi no ha dejado un instante de ser artista, es decir de ser absolutamente personal para expresarse.

Sin incurrir en las exageraciones de los peninsulares, pertenece por su prosa ondulante y atrevida—purificada empero por una innata limpidez—al neogongorismo simbolista de Marchalar, Jarnés y Pedro Salinas, que renueva las fuentes puras del idioma con ancho vocabulario y riqueza inédita de imágenes. Ciertas evocaciones líricas del océano y de la sierra, tienen la maravillosa frescura del mar y la soberbia plasticidad de la montaña.

Pero este elevado pensamiento que se manifiesta en forma espontánea y elegante, corre inminente peligro al surgir en la selva virgen de la incultura criolla: el peligro de ser entendido

sólo por una selecta minoría—como pasaba con el cautivante Rémy de Gourmont—sin llegar a despertar el interés pueril y melodramático de las grandes masas lectoras.

Con ello ganaríamos mucho: América tiene ya y puede seguir dando ensayistas. Pero este joven escritor chileno, puede perseverar en su camino de excepción, en vez de petrificarse en la categoría de los severos auscultadores de la realidad. Si se frustra el escritor de grandes públicos, quedará siempre el artista que perdure en el camino del tiempo. Y esto es cardinal para la estética del alma americana.

«Pacífico-Atlántico» es un gran libro. En sus páginas apretadas de verdad y de belleza, un potente sol de mediodía alumbraba los designios que presiden la literatura de Domingo Melfi.—
FERNANDO DIEZ DE MEDINA.

La Paz—Bolivia—1935.

(Del capítulo «La Sangre Interior de nuestra América», del libro de ensayos en prensa de Fernando Díez de Medina, intitulado «El Velero Matinal.»)



A PROPÓSITO DE «AMÉRICA LATINA» DE *André Siegfried*

El libro de Siegfried cae en una atmósfera saturada del tema. El vocablo diplomático se ha hecho expresión sociológica y terminará en valor metafísico cuando América latina sea el nombre ya indescifrable, es decir, definitivo, de una cultura.

Pero no es la corteza política la que hay que morder para encontrar el jugo de la vida nueva y sentir el sabor de los años viejos. El solo vaivén de la democracia, banderola oscilante en los aceros que guardan los palacios gubernativos, si centralizó ayer un panorama sociológico, hoy día es el aleteo de un ave